

LLAVE ROMANA DE CASTROMAO. CELANOVA

Objeto de uso cotidiano, ligado al sentido de la propiedad, con una fuerte carga simbólica a lo largo de su historia.

Esta llave procede del asentamiento galaicorromano de Castromao, situado en un montículo inmediato al lugar y parroquia del mismo nombre, en el término municipal de Celanova. De este yacimiento, con una amplia cronología, y distintas etapas ocupacionales, también procede la emblemática *tessera hospitalis*.

Se trata de una llave romana de hierro de las denominadas "tipo lacónico" con paletón de tres dientes, doblado formando ángulo recto con el astil ensanchado en el extremo superior, donde se sitúa el anillo de suspensión. Este tipo de llave abría cierres, posiblemente de madera, de ahí que no se conserve ninguno, con un mecanismo consistente bien en desplazar en sentido horizontal un pasador, bien en levantar por medio de los dientes el mismo número de levas que caen por gravedad, en ambos casos la puerta queda libre.

El uso de la llave está ligado a la utilización de la puerta y como tal a los pueblos sedentarios, en contraposición con los pueblos nómadas que, por regla general, vivían en tiendas o cabañas sin pesadas puertas que dificultaran su transporte.

Su origen parece encontrarse en las civilizaciones del Valle del Indo, desde donde pasaría a Grecia y Roma a través de Egipto y Mesopotamia, en compañía de otras mercancías y conocimientos técnicos. Numerosos personajes hititas y babilónicos son representados con largos útiles doblados en la mano, que se vienen interpretando como llaves gancho de la época; de la misma manera, en un bajorrelieve del templo de Amon se representa un instrumento semejante, y sobre un sarcófago del s. I a. C. se representa al dios Anubis llevando en la mano una llave de dientes.

El sistema más sencillo y posiblemente el más antiguo entre los griegos para fijar las hojas de las puertas, y evitar que se abran con facilidad, está indicado en la *Ilíada*, y consiste en una tranca de sección circular que encaja en dos huecos cilíndricos practicados en las jambas a media altura de la puerta. Este sistema se reforzó con cerrojos verticales que se fijan en

la solera de la puerta, como se puede ver en algunos palacios cretenses. El cerrojo horizontal, que se fijaba en una hoja y resbalaba sobre la otra, si la puerta era de dos hojas, o sobre un hueco en la jamba, si sólo tenía una, también era conocido en Creta.

Posiblemente el tipo más antiguo de llave que se conoce es el denominado "llave de templo". Consiste en una barra de metal doblada dos veces en ángulo recto, rematada en una extremidad en un bucle, ensanchándose en la otra. A este tipo de llave hacen alusión los poemas homéricos y fue conservada en los edificios religiosos, ya en época clásica, cuando ya estaba en uso otro tipo de cierre más evolucionado. Diversas pinturas de vasos nos ofrecen la imagen del funcionamiento de estas llaves, pero quizá ninguno como la "*hydra*" de Berlín, en la que se ve una mujer introduciendo en la abertura de la puerta una gran llave que conduce al interior del pasador del cierre; en alto y a la izquierda está el llamador formado por una placa metálica en forma de palmeta; en la parte baja, a la izquierda, saliendo de la hoja de la puerta, una tira de cuero estrecha servía para volver a cerrar la puerta actuando sobre la pieza interior.

Como en otros muchos aspectos de la cultura y de la ciencia, los romanos en contacto con los griegos, asimilaron y perfeccionaron todo género de llaves desde las grandes de los templos hasta las lacónicas como la que nos ocupa, designando bajo el término *Sera* todo lo concerniente a las llaves, cierres y cualquier otro mecanismo para sujetar las hojas de las puertas. Así la llave lacónica, que parece ser de origen egipcio, la encontramos en Grecia formando parte del fastuoso tesoro de Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Fue perfeccionada por los romanos, dándole ese aspecto terminado en argolla, mejorando y diversificando el mecanismo de funcionamiento pasando del dispositivo por translación o por elevación al de giro.

Pero la llave no sólo es un utensilio de uso cotidiano, sino que a lo largo de su historia encierra un fuerte simbolismo que se hace patente tanto en la mano de los dioses como de los simples humanos.

Los sacerdotes egipcios tocaban con una llave en la boca de las momias delante de la sepultura, y en la época ptolomeica se usaba la llave con fines mágicos en determinados ritos. A Jano se le representa con una llave en la mano derecha como guardia de las puertas celestes, y su templo de Roma, que permanecía cerrado en tiempo de paz y se abría cuando estallaba la

guerra, se cerraba con enormes barras de hierro y cien cerrojos, para que el pueblo comprendiera la necesidad de reflexionar antes de declarar la guerra. Saturno posee las llaves del tiempo, y Plutón lleva una en la mano izquierda para indicar que es imposible salir de los infiernos. De la misma manera Hécate, que presidía los actos de magia y encantamiento se representa con la llave que abre y cierra Hades, y con los dedos cubiertos de anillos-llave, símbolo de la unión de la muerte y de la vida. La llave fue utilizada en rituales de los misterios romanos como en el de Isis, en el que se reunía la concepción egipcia y clásica. Este sincretismo conduce y remata en San Pedro, en el que las llaves simbolizan el papel de enviado del más allá como vicario de Cristo.

Asimismo, y ya en épocas más recientes, la llave continúa manteniendo un fuerte poder simbólico, que se manifiesta tanto en escenificaciones de actos de rendición, como puede verse en el célebre cuadro de Velázquez, *La rendición de Breda*, como en las entradas triunfales, en las que la ciudad hace pública la expresión de su entrega al visitante con la ofrenda de las llaves mediante representaciones alegóricas desde un arco de triunfo levantado para el efecto o una puerta de la ciudad.